

miento de penetración cesaba por el Norte y comenzaba por el Este, mientras nuestro ejército se empeñaba en la aventura desesperada de que acabamos de hablar. Veracruz no tenía para defenderse más que un puñado de hombres; era preciso un nuevo, un supremo esfuerzo para contener al enemigo hasta la llegada del vómito y de un ejército de auxilio. El gobierno, que se esforzaba todavía en vano en ejecutar el decreto de desamortización, vivía en perpetua alarma; los batallones en que preponderaban individuos de las clases acomodadas eran resuel-



D. Antonio León, héroe de Molino del Rey
(De la estatua erigida en México en el paseo de la Reforma)

tamente contrarios á la reforma: el clero los acariciaba y prometía recursos, y cuando recibieron orden de partir á Veracruz, se concertaron y desobedecieron. La rebelión estalló en forma de una protesta armada contra la permanencia en el poder de Gómez Farfás y contra la ley de Enero y los legisladores; después todo se concretó al primer punto. Hubo luchas incesantes en la ciudad, muy poco sangrientas. Como en los batallones rebeldes preponderaban los jóvenes de la clase acomodada, á quienes se daba el nombre de *polkos*, así se llamó la facción, y con este nombre se contrapuso á los *puros*. Santa Anna, escogido como árbitro entre los contendientes, llegó á México, ocupó la presidencia de la República, y furioso al saber la capitulación de Veracruz, dejó el mando á un presidente interino (el general Anaya) después de derogar la ley, causa de tantos

disturbios, y fué á cortar á los invasores el camino de la capital, más allá de Jalapa, en terrenos suyos. Activamente, como solía, logró pronto reunir en la boca de la tierra caliente un ejército; allí él era el único que podía determinar el punto de la acción, entre muchos lugares estratégicos, en aquellos intrincados escalones de la subida á la Altiplanicie; escogió el peor y se hizo batir completamente. La misma presunción vana, la misma petulancia de *jarocho* que había demostrado siempre, lo perdieron allí; su actividad, su ardor le ayudaron á engendrar un nuevo ejército en las entrañas mismas de la derrota. El general Scott se pasmó al saberlo; avanzó hacia la capital, sembrando por doquiera proclamas conciliadoras y tranquilizadoras, diciendo que él, como republicano, hacía la guerra á la facción monarquista, y que nadie como él respetaba la religión y la iglesia católica. No, la facción monarquista, acaudillada por Paredes, no había hecho más que imposibilitar la defensa de la frontera; era

el partido liberal, unido á una fracción del militar, el que dirigía y organizaba la defensa del país; el partido reactor figuró en ella, por muchas de sus individualidades conspicuas, como partido no. Scott fingía ignorar esto; la verdad es que había sido un desencanto para los invasores encontrarse frente á frente con los reformistas federales, que, naturalmente, tenían numerosos contactos de ideas con el pueblo de los Estados Unidos, su admirado modelo. Dueño de Puebla el ejército invasor, se decidió que la capital de la República se defendería, y se procedió á organizar para la lucha al Distrito Federal. Había entre la gente pensadora poca fe, ninguna quizás; «el resultado era seguro: imposible de aniquilar al ejército invasor, que podía aumentarse sin cesar por el Oriente y por el Norte. Y luego, ¿qué significaba la pérdida de tierras que no habían sido nuestras sino de nombre: Texas, la California? Tal vez sería una ventaja; reducirse era condensarse, era adquirir mayor cohesión, mayor fuerza.» El pueblo no; el pueblo creía que era indefectible vencer á los *yankees*; nunca el pueblo tuvo miedo al invasor; el terror vago que inspira á las masas una sucesión de reveses, no existía en este caso: «no eran los *yankees* los que habían ganado, eran los mexicanos los que se habían derrotado á sí mismos, con sus discordias, sus desobediencias, sus torpezas; un esfuerzo, un poco de unión y *aquel puñado* de intrusos desaparecería.» Esto pensaba el pueblo con odio y con desprecio; era la incompatibilidad de razas, de costumbres, de idioma, de religión, la que hablaba así dentro del sentimiento popular. Reconocer lo que había de admirable, valor y entereza en *aquel puñado* de intrusos, que, calculando la superioridad de su armamento y su cohesión sobre la impericia de los jefes mexicanos y las divisiones debilitantes de las luchas civiles, penetraban arrollándolo todo á su paso hasta el corazón del país, que si de veras se hubiera levantado en armas, apenas habría dejado el polvo de los invasores mezclado al del suelo profanado de la patria; reconocer esas verdades innegables, eso no, eso nunca. Así es que, al presentarse el ejército de Scott en el valle de México, hubo algazara. ¿Cómo no triunfar? Allí estaba el resto de los héroes de la Angostura mandados por Valencia, que ya *galleaba* de rival posible de Santa Anna, formando una división de veteranos

el partido liberal, unido á una fracción del militar, el que dirigía y organizaba la defensa del país; el partido reactor figuró en ella, por muchas de sus individualidades conspicuas, como partido no. Scott fingía ignorar esto; la verdad es que había sido un desencanto para los invasores encontrarse frente á frente con los reformistas federales, que, naturalmente, tenían numerosos contactos de ideas con el pueblo de los Estados Unidos, su admirado modelo. Dueño de Puebla el ejército invasor, se decidió que la capital de la República se defendería, y se procedió á organizar para la lucha al Distrito Federal. Había entre la gente pensadora poca fe, ninguna quizás; «el resultado era seguro: imposible de aniquilar al ejército invasor, que podía aumentarse sin cesar por el Oriente y por el Norte. Y luego, ¿qué significaba la pérdida de tierras que no habían sido nuestras sino de nombre: Texas, la California? Tal vez sería una ventaja; reducirse era condensarse, era adquirir mayor cohesión, mayor fuerza.» El pueblo no; el pueblo creía que era indefectible vencer á los *yankees*; nunca el pueblo tuvo miedo al invasor; el terror vago que inspira á las masas una sucesión de reveses, no existía en este caso: «no eran los *yankees* los que habían ganado, eran los mexicanos los que se habían derrotado á sí mismos, con sus discordias, sus desobediencias, sus torpezas; un esfuerzo, un poco de unión y *aquel puñado* de intrusos desaparecería.» Esto pensaba el pueblo con odio y con desprecio; era la incompatibilidad de razas, de costumbres, de idioma, de religión, la que hablaba así dentro del sentimiento popular. Reconocer lo que había de admirable, valor y entereza en *aquel puñado* de intrusos, que, calculando la superioridad de su armamento y su cohesión sobre la impericia de los jefes mexicanos y las divisiones debilitantes de las luchas civiles, penetraban arrollándolo todo á su paso hasta el corazón del país, que si de veras se hubiera levantado en armas, apenas habría dejado el polvo de los invasores mezclado al del suelo profanado de la patria; reconocer esas verdades innegables, eso no, eso nunca.

Así es que, al presentarse el ejército de Scott en el valle de México, hubo algazara. ¿Cómo no triunfar? Allí estaba el resto de los héroes de la Angostura mandados por Valencia, que ya *galleaba* de rival posible de Santa Anna, formando una división de veteranos



D. Lucas Balderas

á quienes dirigía el presidente conmovedoras alocuciones; allí estaban las milicias cívicas, los *polkos* formando un campamento pintoresco, al que acudía lo más granado de la sociedad en alborozada romería, y recibiendo después del cañonazo de alarma, en presencia de las madres y de las novias, la comunión eucarística, que era como el viático supremo de la patria y de la gloria.

Los invasores desfilaron impávidos y fueron á situarse en los peldaños más bajos de la sierra meridional del Valle; desde allí podían escoger su rumbo y su ocasión, nadie los molestaba. El núcleo humano de la defensa era la división de Valencia, que fué á situarse al alcance de los invasores en una mala posición (Padierna). El general en jefe le ordenó abandonarla; el presuntuoso subalterno tergiversó y no obedeció; Santa Anna, á quien probablemente no pesaba la pérdida de Valencia, no se hizo obedecer y le dejó luchar, primero á su vista, y sucumbir al día siguiente sin verlo; la defensa quedaba con la derrota de Padierna absolutamente desorganizada, y los invasores habrían penetrado en la ciudad en pos de los fugitivos, que habían comunicado el desorden á todo el ejército, si la severa defensa del puente y el convento de Churubusco no los detienen heroicamente y los hacen llegar maltrechos á una de las garitas del Sur, que los rechazó. El ejército invasor no llegaba á diez mil combatientes, y otros tantos, menos quizás, pudo oponerles en las dos terribles jornadas de Agosto el ejército mexicano, que perdió en ellas cinco ó seis mil hombres, los mejores sin duda. La superioridad táctica de los oficiales norte-americanos resulta del hecho de haber en toda la campaña del Valle logrado batirnos en detalle, siempre con fuerzas superiores; Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec demuestran este aserto. Singularidades: Scott decía en sus partes que había hecho prisioneros á dos ex-presidentes (Anaya y Salas); no hubiera llevado poca sorpresa si hubiese sabido que entre los oficiales americanos había dos futuros presidentes: Franklin Pierce y Ulises Grant.

Scott solicitó después un armisticio, que fué fácilmente arreglado; el objeto era poner en contacto á un enviado de los Estados Unidos con los comisionados de México, para hacer cesar lo que el general americano llamaba con justicia *una guerra desnaturalizada*; el enviado, Mr. Trist, pedía una faja en nuestra frontera septentrional que tocara al Bravo y comprendiera Nuevo México y las Californias; nuestros comisarios se negaron á ceder otra cosa que Texas, hasta el Nueces, y una parte de la Alta California; las negociaciones se interrumpieron, se acabó el armisticio, y en la primera quincena de Septiembre quedó resuelta la suerte de México; la misma imposibilidad en que se halló siempre Santa Anna para concentrar la defensa, dejó en número menor de fuerza á los defensores de Casa Mata y Molino del Rey; gracias á esta falta absoluta de sagacidad, el victorioso combate defensivo que sostuvimos allí, no pudo sostenerse como ofensivo, convirtiendo el rechazo de los invasores en derrota; lo mismo sucedió en Chapultepec, tomado pocos días después. En estas sangrientas luchas culminó un episodio: la defensa que hicieron en lo alto de Chapultepec los alumnos del Colegio Militar; algunos de ellos sucumbieron. Todas las glorias de los combatientes, las del ejército invasor y las del nuestro, quedaban por debajo de ese acto sencillo y sin par; es el vértice sublime de la pirámide roja.

El 15 de Septiembre de ese mismo año de 47, el ejército vencedor ocupó la capital; aquí y allí hubo serios conatos de resistencia popular, presto desvanecidos; Santa Anna deshecho, impotente, se retiró por el Oriente, dimitiendo la presidencia de la República y nom-

brando á sus substitutos mientras se reunía el Congreso. Pocos días después, el presidente de la corte de Justicia, Peña y Peña, se hacía reconocer como presidente legal en buena parte del país, agrupaba algunos elementos de fuerza, llamaba á los gobernadores, trataba de reunir al Congreso, y quedaba constituido un gobierno nacional que podía abrir negociaciones con el jefe del ejército invasor. Las historias especiales abundan en detalles característicos que no podemos ni apuntar aquí. En un grupo exaltado del Congreso halló tenaz oposición la idea de la paz, de que eran encarnación viva los señores Peña y Peña, su

ministro De la Rosa, y luego el presidente interino, el general Herrera; ellos y casi todo el partido moderado habían deseado esa paz desde el principio, previendo cuanto sucedió después; ahora estaban resueltos á llevarla á cabo, á pesar de las bravatas de



Convento de Churubusco (estado actual)

los militares y del derroche de elocuencia teatral de algunos diputados. La paz era una necesidad antes de la anexión de Texas, una necesidad apremiante inmediatamente después; una salvación después de la guerra: la guerra nos había desarmado; ni teníamos soldados (nueve mil hombres diseminados en el país), ni artillería ni fusiles (menos de 150 en los depósitos). ¡Oh!, era muy fácil declamar y tomar actitudes de augusta intransigencia en la tribuna y en la prensa; quienes supieron sacrificar su popularidad y sus dolores patrióticos á una obra indispensable y terrible, esos fueron los beneméritos, esos son los que merecen el respeto profundo de la historia. Sólo quien ignore cuál era la situación de anarquía del país, las tendencias al desmembramiento, ya claras en diversos Estados, la facilidad con que gran parte de la sociedad aceptaba la tutela americana por cansancio de desorden y ruina, las ideas de anexión que surgían en grupos compuestos de gente ilustrada, la actitud de la gente indígena, fácilmente explotable por los invasores; sólo quien todo esto ignore ó lo ponga en